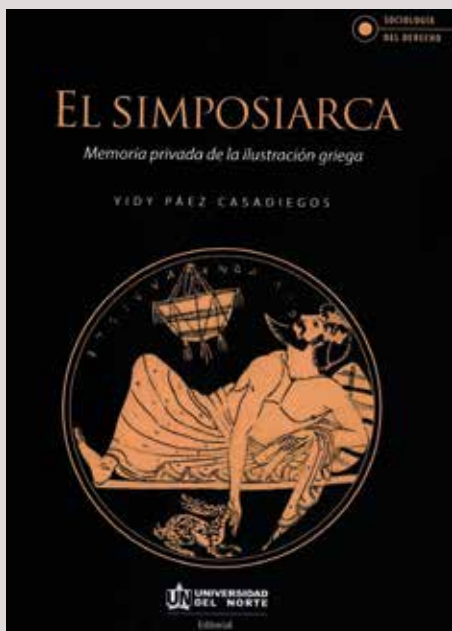


SIMPOSIO BARRANQUILLERO

CONSUELO POSADA GIRALDO



Yidi Páez Casadiego
El simposiarca, Memoria privada de la ilustración griega
Editorial Universidad del Norte, 2019

La publicación de *El Simposiarca* en Barranquilla aparece como una rareza. ¿De dónde sale una obra así? ¿Se trata de una singularidad en medio de la cotidianidad barranquillera? ¿Quién escribe hoy, en una ciudad tachada de liviandad, un estudio sobre los simposios de la antigua Grecia? Podemos decir que la clave de estas respuestas está en la imagen del autor. En los tiempos que corren, no solo enseña historia de la medicina y la cultura griega en la Universidad del Norte, sino que, además, convirtió los temas del mundo griego clásico en parte de su vida diaria y parecería vivir su cotidianidad entre simposios que discuten la figura de Helena como responsable mítica de la guerra de Troya o la importancia de Hipócrates en la medicina de hoy. Para cerrar su perfil secular, cabe agregar que Yidi Páez disfruta de los clásicos en griego antiguo.

Cuando conocí las publicaciones iniciales que Páez publicaba en un blog de la Universidad del Norte, le insinué la posibilidad de adobar el recuento de sus historias con detalles y sabores que pudieran enriquecer el texto. Le mostré que a di-

ferencia de la ciencia que desprecia los datos menores, la ciencia literaria se apoya en ellos para crear una imagen más profunda y más placentera. Durante la presentación de su trabajo, convertido en libro, le escuché con asombro afirmar que finalmente había podido dar el salto de la ciencia a la literatura. Y un poco después pude comprobar que ahora los simposios se llenaban de detalles ornamentales y diálogos añadidos. La figura del Simposiarca, encargado de ordenar cada simposio y, sobre todo, de administrar la dosificación del vino, se había convertido en un personaje con sentimientos y atributos literarios. Valga un ejemplo: “Mientras un grupo de esclavas limpiaba el piso del andrón, los simposiantes se dedicaron a sus conversaciones festivas y juegos propios de los simposios. Pero era claro que estaba la expectativa por los discursos que serían pronunciados después de la servida del vino. ¿Quiénes serían los oradores? ¿Serían simpatizantes o defensores de la *paideia* sofística? O, por el contrario, ¿serían defensores de Sócrates - Platón - Aristóteles? ¿Serían defensores de Helena? ¿Serían impugnadores? ¿Serían defensores de la guerra? ¿Serían sus detractores? Demóstenes pidió el uso de la palabra. Un murmullo llenó la sala. Su rostro anguloso y una mirada fija, como si observara detenidamente la punta de su aguda nariz” (p. 171).

Pero, a pesar del deslumbramiento que me produjo el encuentro de todos los pasajes de literatura presentes en el libro, cuando tuve ocasión de revisar con detenimiento, encontré que, aunque es cierto que la ficción literaria ocupa un gran espacio en la obra, el fondo de rigor de los elementos científicos que conforman la base de la historia están intactos. Es decir, el autor juega con la imaginación de un paisaje en el que se mueven sus personajes, de un estado de ánimo, de unas reflexiones particulares de cada momento, pero el fondo histórico se conserva con respeto y no se alteran los datos esenciales que conforman el esquema de los momentos fundamentales de la historia griega. Es más, en una conversación de preparación para esta reseña, el autor me confesó que en todas las descripciones de los paisajes hubo un cálculo detallado previamente para determinar la cantidad de luz que podría iluminar la tarde de un mes específico, de acuerdo con la época del año y con las estaciones.

Entonces, fue posible mostrarle al autor que a

pesar de su deseo de saltar a la literatura y retomar su militancia poética de los años juveniles, él todavía tiene los pies puestos en la tierra, en sus obligaciones como investigador y es evidente su respeto al archivo. Es claro que también él, a pesar de la gran dosis de ficción, respeta todos los elementos lógicos sobre el mundo griego. Ningún detalle es literalmente cierto, pero no hay ninguna palabra y ninguna acción en *El Simposiarca* que no se acomode a la lógica de la historia y que no sea completamente verosímil, aunque no sea verdadera. A nivel de la ficción, es importante que la voz de ese narrador anciano reconozca las fallas de su memoria. Esta carencia le permite a la obra justificar alguna dosis de fantasía.

Parte del rigor investigativo lo muestran los discursos que el *Simposiarca* reconstruye con las intervenciones que habrían tenido los oradores en los simposios y que se ciñen al fondo y al estilo de cada uno de los discursos originales. El autor detalló, en la entrevista, el duro trabajo que significó organizar cada uno de los cinco discursos de los oradores expuestos en los simposios. Para él, era necesario que cada discurso conservara el estilo original de cada autor y no le servían las traducciones, ni siquiera la traducción de Gredos, que es reconocida como excelente. Entonces, fue necesario cotejar con la versión griega.

El *Elogio a Helena* de Gorgias de Leontini, por ejemplo, debía conservar el tono de oraciones cortas y la gran síntesis del pensamiento, que contiene el discurso original. Con cada punto, Gorgias cerraba una idea, sostiene el autor. En cambio, *El Elogio a Helena* de Isócrates está hecho de períodos extensos y de oraciones largas. Su ideal en la elaboración de los discursos era lograr que el orador se expresara como si estuviera hablando en griego y no en español.

Finalmente, después de todos los juegos de ficción, el texto remata con los comentarios del académico. Se apoya en un riguroso aparato crítico que toma las informaciones de las obras de consulta, de las fuentes primarias, de los estudiosos reconocidos tanto los clásicos como los novísimos estudios que valoran críticamente la literatura existente sobre el tema. Esto quiere decir que, al final de cada capítulo, después de las divagaciones del *Simposiarca*, la obra recupera su profundidad histórica y filosófica. **U**

HACEMOS
MEMORIA



50 años de
violencia y resistencia
en la Universidad de
Antioquia



ESCANÉAME

Fotografía tomada el 11 de julio de 1969, en la construcción del Museo y la fuente del campus. Cortesía: Museo Universitario. Archivo Fotográfico - Fondo Digar.